

La consagración (28.1—40.38)

Ungirás también a Aarón y a sus hijos, y los consagrarás para que sean mis sacerdotes (30.30).

La gran mayoría de la gente desconoce el significado de la palabra «consagración», y todavía más su importancia. No podemos ir al cielo si en el momento de morir no hemos sido consagrados. No podemos ser perdonados sin consagración. Sin ella, carecemos de esperanza.

El uso de la palabra «consagración» se da repetidamente en los últimos doce capítulos de Éxodo. El tabernáculo debía ser consagrado (29.43–44), junto con sus utensilios (40.9). Aarón y sus hijos debían ser consagrados, ordenados como sacerdotes y vestirse con trajes consagrados (28.3, 41; 29.1, 44; 30.30; 40.13). Las ofrendas debían ser consagradas (29.27), así como debían serlo el altar (29.36–37, 44; 30.29; 40.10–11) y la fuente junto con su base (30.28–29 ; 40.11).

¿Qué es consagración? Es santificación. Dios le dijo a Moisés: «Conságrame¹ todo primogénito. Cualquiera que abre matriz entre los hijos de Israel, así de los hombres como de los animales, mío es» (13.1–2). Cuando consagramos algo, se lo estamos *dando al Señor*. Se convierte en Su propiedad.

Dios también le dijo a Moisés: «Ve al pueblo, y santifícalos hoy y mañana; y laven sus vestidos, y estén preparados para el día tercero, porque al tercer día Jehová descenderá a ojos de todo el pueblo sobre el monte Sinaí» (19.10–11). Los israelitas lavaron sus vestidos con el fin de estar preparados para la aparición de Dios en el monte Sinaí. Esta *purificación* fue parte de su consagración.

«Y para los hijos de Aarón harás túnicas; también les harás cintos, y les harás tiaras para honra y hermosura. Y con ellos vestirás a Aarón tu hermano, y a sus hijos con él; y los ungirás, y los consagrarás y santificarás, para que sean mis sacerdotes» (28.40–41). Aarón había de ser el Sumo Sacerdote y sus hijos, los sacerdotes principales. Antes de servir como sacerdotes, debían ser consagrados. Habían de ser *ungidos* y *consagrados*. En hebreo, estas palabras significan «tener las manos llenas». Cuando Aarón y sus hijos fueron consagrados, a ellos se les llenaron sus manos. Otros dicen que se llenaron de sacrificios. No había otra cosa a la que se pudieran dedicar, pues sus manos estaban llenas. Cuando un sacerdote era consagrado, a él se le llenaban sus manos con el ministerio.

«Así los consagrarás, y serán cosas santísimas; todo lo que tocara en ellos, será santificado. Ungirás también a Aarón y a sus hijos, y los consagrarás para que sean mis sacerdotes» (30.29–30). La consagración supone un *apartarse para el servicio a Dios*. Una vez que los utensilios del tabernáculo eran consagrados, ellos no podían ser usados en una casa. Eran especiales y santos. Cuando estudiamos sobre el tabernáculo, leímos: «Porque la ley, [tiene] la sombra de los bienes venideros, no la imagen misma de las cosas,...» (Hebreos 10.1). El sacerdocio del tabernáculo es la sombra. La realidad es lo que tenemos en Jesucristo. Los sacerdotes del Antiguo Testamento no son sino una sombra de los cristianos:

Acercándoos a él, piedra viva, desechada ciertamente por los hombres, mas para Dios escogida y preciosa, vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo (1^{er} Pedro 2.4–5).

Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis

¹ N. del T.: En la versión de la Biblia que el autor usa, se lee: «Santifícame...», de allí que él exprese al comienzo de este párrafo que la consagración es santificación.

las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable; vosotros que en otro tiempo no erais pueblo, pero que ahora sois pueblo de Dios; que en otro tiempo no habíais alcanzado misericordia, pero ahora habéis alcanzado misericordia (1^{era} Pedro 2.9–10).

¡Si usted es cristiano, usted es un sacerdote! En tiempos del Antiguo Testamento, un sacerdote tenía tratos con Dios. Hoy día, a través de Cristo, nosotros tenemos tratos con Dios. No necesitamos otro mediador más que Cristo para acercarnos a Dios. ¡Si usted está en Cristo, usted puede acercarse al trono de la gracia! ¿Cómo puede un simple humano acercarse al Todopoderoso? Dios le dijo a Moisés: «Y también que se santifiquen los sacerdotes que se acercan a Jehová, para que Jehová no haga en ellos estrago» (19.22).

No es cualquiera el que puede entrar en la presencia de Dios. ¡Uno debe obtener el acceso! ¡Es porque nos hemos consagrado que tenemos acceso! Estudiemos tres facetas de la consagración.

ES ENTREGA AL SEÑOR

La consagración supone posesión. Si usted se ha entregado a Cristo y ha llegado a ser cristiano, entonces usted es posesión de Él.

Suponga que usted entra en la oficina donde trabajaba antes. Si su antiguo jefe le ordenara dar comienzo al trabajo, ¿cómo le respondería? ¡Es probable que no hiciera nada! Su antiguo patrón no tiene autoridad alguna sobre usted. Cuando usted trabajaba para esa persona, usted hacía lo que ella decía, pero ahora ha dejado de mandarlo a usted.

Cuando usted era esclavo del pecado, usted pecaba. El pecado era su amo, su jefe. Ahora que está en Cristo, usted ha cambiado de dueño. Ha sido libertado del pecado. Cristo es el nuevo dueño de su vida. Una vez que se consagró, usted pertenece exclusivamente al Señor. Pablo dijo:

¿Qué, pues? ¿Pecaremos, porque no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia? En ninguna manera. ¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia? Pero gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados; y libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia (Romanos 6.15–18).

En primer lugar, algunos que se autodenominan cristianos, jamás se entregaron completamente al Señor. No les molesta pecar. El pecado no les causa dolor. Su entrega al Señor es por conveniencia. No saben qué significa hacer un completo sacrificio para el Señor; no se han inmolado sobre el altar.

Si usted desea apropiarse de Cristo, no bastará con entrar en un edificio de la iglesia y comenzar a asistir a los cultos. Para obtener acceso a Dios, usted deberá inmolarse sobre el altar, por decirlo así, sacrificando su antiguo estilo de vida. Las personas que están envueltas en la inmoralidad, la codicia, el materialismo, el odio, la drogadicción, la calumnia y la estafa, son todavía del mundo. No han obtenido acceso a Dios.

ES PURIFICACIÓN

La consagración supone purificación. Esto fue lo que Pablo les escribió a los corintios que habían sido pecadores:

¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No erréis; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios. *Y esto erais algunos; mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios* (1^{era} Corintios 6.9–11; énfasis nuestro).

Estos cristianos habían sido lavados, santificados y justificados en el nombre de Jesús y por el Espíritu de Dios. Pablo dijo que no somos salvos por nuestra propia justicia, sino por causa de la misericordia de Dios: «... nos salvó... por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo» (Tito 3.5). Somos salvos cuando somos lavados en las aguas del bautismo. Somos renacidos; somos lavados hasta quedar limpios.

A Saulo de Tarso se le dijo que se bautizara y lavara sus pecados, invocando el nombre del Señor (Hechos 22.16). No es remojándonos como nos salvamos. El agua es el medio, la sangre de Jesús la razón y el Espíritu Santo el poder. Somos bendecidos ahora con una total purificación en la sangre y, si permanecemos en Cristo, ¡lo seremos para siempre! Como cristianos arrepentidos que somos, estamos siendo continuamente purificados en la sangre del Cordero de Dios.

ES ESTAR OCUPADOS EN UN MINISTERIO

La consagración se refleja en el servicio que demos a los demás. Nuestras obras no nos sirven para ganar la salvación, sin embargo nuestra condición de cristianos totalmente entregados nos obliga a cumplir un ministerio.

Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras... (Efesios 2.8–10).

La gracia de Dios, la gracia de completa salvación para usted, será el don de Dios para usted, cuando su deseo no sea otro más que recibirla. Estoy convencido de que muchos cristianos son desdichados porque no están cumpliendo los propósitos de Dios para sus vidas. Excluyen de sus vidas el ministerio. Hay algunos que van a sus trabajos aun estando enfermos, pero dejan que el más ligero dolor de cabeza les impida tener comunión con los santos. Hacen sacrificios e incluso descuidan a sus familias por un trabajo, pero no permiten que un ministerio les cause incomodidad. Saben que deberían estar más ocupados en las cosas del Señor, pero no se deciden a cumplir con el propósito de sus vidas. Se les han llenado sus manos, pero no responden ministrándoles a otros. ¡Se han concentrado en sus problemas por tanto tiempo que se les ha olvidado que su propósito es hacer buenas obras! ¡Cuando estas personas se deciden a ministrarles a otros, son por fin libertados!

¿Por qué? ¡Porque ya estarán cumpliendo el propósito que Dios les ha señalado!

CONCLUSIÓN

Como cristiano que usted es, puede que pregunte: «¿Y qué si he obedecido a Cristo, siendo sepultado con él en el bautismo, pero todavía no me siento consagrado?». Examine su corazón. ¿Desea usted, por encima de todas las cosas, conocer a Dios, tener una relación con Él y servirle a Él? Si la respuesta es «sí», entonces necesita alimentarse con la Palabra de Dios y nutrir su alma en oración diariamente. ¡Deje que el poder del perdón de Dios llene su vida! Busque en qué campo está su ministerio, y deje que le llene sus manos y su corazón.

Cuando nos entregamos nosotros mismos al Señor, ¡sufrimos una transformación! El Espíritu de Dios nos transforma. Cuando somos purificados, ¡tenemos esperanza! Cuando nuestras manos se llenan, ¡tenemos un propósito para la vida! ■

©Copyright 2001, 2002 por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados